

Comentarios a la Regla de Vida

Hermano Benjamín

[...]
*por el voto de castidad
reforzamos nuestra intención
de amar a toda persona
con un corazón libre, como lo hizo Jesús.*

Capítulo V. La castidad . 70. Fecundidad apostólica

Hay una novela de la escritora norteamericana Carson McCullers que lleva por título *El corazón es un cazador solitario*. Los personajes son un conjunto de seres solitarios que hablan de muchas cosas, pero que en definitiva vienen a poner encima de la de la mesa los grandes temores de la vida del hombre: la soledad, la locura, el miedo, la violencia, la muerte. La novela está considerada como un clásico de la literatura universal porque consigue retratar los lugares más recónditos del alma de muchos hombres y mujeres que forman las sociedades modernas. Para los que sean aficionados a las artes visuales, también hay una adaptación cinematográfica de 1968.

Tanto en el libro como en la novela, el lector y el espectador tienden a llegar a la conclusión de que, quien más quien menos, todos tenemos el corazón sometido a alguna forma de esclavitud. Hay personas dispuestas a hacer cualquier cosa por dinero. Otros, en cambio, por un minuto de gloria son capaces de sufrir los doce trabajos de Hércules. Un grupo no pequeño de gente prefiere llevar una vida figurada a disfrutar de su propia vida real. Y así sucesivamente.

Esto de la esclavitud de corazón en sus distintas formas es un tema que aparece ya en los filósofos griegos. Aristóteles consideraba que la felicidad consiste en el ejercicio de la virtud, alejada de los vicios que, por exceso o por defecto, ponen las cadenas a la vida del hombre. La misma idea también se desarrolla en el relato evangélico de las tentaciones en el desierto, donde Jesús se ve asaltado sucesivamente por la carne, el deseo de riquezas y las ansias de poder.

Desde estos presupuestos filosóficos y religiosos nacen los votos de la vida consagrada, que representan el deseo de algunos hombres y mujeres de seguir la misma vida que llevó Cristo o, lo que es mismo, liberar el corazón de las ataduras del pecado para llevar una vida plena. El voto de castidad supone la firme intención de desatar el nudo de la lujuria, empresa muy difícil, sino imposible sin la ayuda de Dios. El voto de pobreza va directamente en contra de la avaricia que persigue a los humanos como una loba hambrienta y ávida, que nunca se sacia y a la que le aumenta el apetito a medida que come. El voto de obediencia tiene que ser el antídoto del orgullo, ese león fiero que todos llevamos dentro, siempre rabioso, siempre amenazador cuando siente que las líneas de su territorio son traspasadas.

El artículo de la Regla de vida que comentamos hoy se centra específicamente en el voto de castidad y destaca que nuestra primera intención cuando hacemos el voto es amar a todas y cada una de las personas con un corazón libre, como lo hizo Jesús. Para ello, debemos liberarnos de todo aquello que convierte nuestro corazón en esclavo, también en las relaciones personales: la carne, la avaricia y el orgullo. Es decir, que cerramos el círculo del que hablaban los antiguos cuando se referían a las virtudes: cada virtud depende de las demás y todas se cierran en el sujeto fundamental: el hombre.